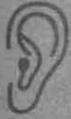


al pie de la letra

Núm. 4 noviembre de 2002 Suplemento de libros de la revista UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Crítica Pág. 2 → Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura.

Francisco Segovia. Pág. 6 → Imposturas intelectuales. María José Rhi Sausi.



Pág. 8 → Marqués de Sade. Juan Antonio Rosado.

Opinión Pág. 12 → La crítica moral de Mariano Azuela.

Gustavo Santillán. **Librero** Pág. 18 → Oraciones, ensal-

mos y conjuros mágicos del archivo inquisitorial de la Nueva España,

1600-1630. Raúl Eduardo González. Páginas de enmedio. Juan Felipe

Robledo. **Entrevista** Pág. 22 → Soy un país independiente. Roberto Frías.



Hablar, rimar, escribir

Emilia Ferreiro (comp.),
Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura,
 Gedisa (LeA, núm. 21),
 Barcelona, 2002

Francisco Segovia

Hace años, mientras esperaba en un coche, escuché por la radio una grabación en la que Pablo Neruda recitaba unos cuantos poemas suyos. Fue una experiencia, ¿cómo decir?, tremenda (empapada de eso que Rudolf Otto llamaba *mysterium tremendum*); una experiencia aterradora pues, solemne, ritual, increíblemente monótona. Y eso que el propio Neruda, antes de empezar, había dicho algo así como: "Ahora les voy a leer unos sonetos. Me costó mucho trabajo escribir estos sonetos, de modo que no los voy a leer como si fueran prosa". La advertencia me sigue pareciendo útil (y consoladora) cada vez que me enfrento a la monotonía con que suelen leer sus versos en voz alta los poetas. Pero, aún más que eso, me parece una buena descripción de lo que es la poesía "moderna", del Renacimiento para acá: *versos escritos*; es decir, ni prosa ni "lengua natural" (si es que esto existe).

Por eso, supongo, no me sorprendió demasiado leer hace poco las tesis que expuso Gabriel Ferrater hace medio siglo en un ensayo titulado *¿Qué es la métrica?*, donde sostiene que ni la medida ni la rima de los versos tienen nada que ver con la lengua en que se dan, pues el *artefacto* lingüístico que llamamos "poema rimado" o "poema medido" se forma sólo cuando a la "lengua natural" se le imponen unas estructuras que no le son propias; a saber, un ritmo y unos sonidos que se disponen de tal forma que resultan *esperables* —como dice el mismo Ferrater—. Sólo que, para que esa "esperabilidad" ocurra, daría lo mismo que la repetición no fuera sonora, sino gráfica, por ejemplo —como dice él que ocurre en la poesía china, donde "riman" algunos trazos de los ideogramas, más que las palabras en que los ideogramas mismos se realizan en cuanto pronunciación—. Algo así ha ocurrido también en la historia literaria del francés y del inglés, cuya pobreza de rimas llevó a los poetas a complicar tanto las reglas de la rima que ésta no sólo dejó de ser sonora y se hizo para los ojos solos, sino que se forjó un sistema completamente arbitrario para catalogar el género y el núme-

ro de las palabras según el tipo de rima que producían. Así, por ejemplo, para el *sistema de rimas en francés* son femeninas todas las palabras terminadas en *e* muda, aunque no todas lo sean para la gramática tradicional francesa, como ocurre con los sustantivos *morphème*, morfema, y *poète*, poeta, masculinos para la lengua natural pero femeninos para la rima; y son plurales, para ese mismo sistema, todas las palabras terminadas en *z*, *s* o *x*, de modo que se considera plural, por ejemplo, el adjetivo *doux*, dulce (aunque la gramática lo dé como singular), y por lo tanto puede rimar con el pronombre *tous* (aunque el oído proteste). En inglés, por lo demás, se dice que "riman para el ojo" aquellas palabras cuyas sílabas finales se escriben igual, aunque suenen diferente, como ocurre con *cough*, toser, y *slough*, ciénaga... Todas estas reglas son, desde luego completamente arbitrarias, hechas sólo para la poesía escrita, para ser leídas en silencio, para que las palabras rimem en silencio...

Sí, a Ferrater le hubiera gustado la advertencia de Neruda: "Me costó mucho trabajo *escribir* estos sonetos... de modo que no los voy a *leer*" ahora como

si no fueran eso, *escritura*. Digo que le habría gustado, aunque sólo fuera porque pone en evidencia la manera en que los poetas del Renacimiento —según él— se deshicieron de sonajas, tambores y vihuelas, de bardos y juglares, para ponerse francamente del lado de los *escritores*, con lo cual trajeron la ruina de la poesía.

A Ferrater le parecía absurdo uno de los ideales que han abrazado muchos poetas modernos (que él llama “idiotas”); a saber, el de luchar contra el artificio radical que implica todo poema y ponerse tontamente a escribir tal como hablan. Pero puede ser que el feroz ataque de Ferrater hoy resultara algo suave aun ante sus propios ojos, pues lo que él pretendía era demostrar que la métrica (tan sólo la métrica) es un sistema independiente de la lengua. ¿Qué habría dicho si hubiese podido leer el libro *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*? Se hubiera entusiasmado, sin duda, entre otras cosas porque en él se atienden muchos de los problemas que tanto le interesaban (Margit Frenk, por ejemplo, discute la manera en que los compiladores renacentistas pusieron por escrito los poemas que recogían de la tradición oral), pero también porque rebasa los límites de la poesía y se extiende por el terreno de la lengua toda. Si —como él dice— la métrica es un sistema arbitrario que se superpone a la lengua, ¿no podría ser que con la escritura pasara lo mismo, como se pregunta este volumen?

Todos los ensayos que forman el libro de Ferreiro sostienen que la escritura alfabética no es simplemente una manera —más o menos imperfecta— de representar los sonidos de una lengua, pues una escritura alfabética implica mucho más que un intento fallido que alcanzar ese ideal que hoy llamamos “principio fonológico” (según el cual a cada fonema debe corresponder una letra y sólo una). Y es mucho más que eso porque, en principio, la escritura alfabética es una construcción histórica más o menos autónoma respecto a la lengua que en cada caso pretende representar. Dicho de otro modo, los autores de este libro sostienen que una escritura alfabética no es una mera lista de letras que sirven para codificar un habla (no son una simple “notación”, dice Blanche-Benveniste, como sí lo es el alfabeto fonético). Si la escritura alfabética fuera una notación, si para escribir una lengua bastara con hablarla y conocer las letras de su alfabeto, ¿a cuenta de qué poner entonces la existencia de las *ortografías*, cuyo papel es hacer explícitas unas reglas de *escritura* que no quedan claras por el simple hecho de hablar la lengua que se quiere escri-

bir con un alfabeto? Claire Blanche Benveniste y Emilia Ferreiro insisten en que ninguna escritura alfabética transcribe simplemente los sonidos de una lengua, sino que tarde o temprano todas terminan reflejando fenómenos de otro tipo —gramaticales, por ejemplo—. Blanche-Benveniste pone por caso la escritura del francés, que marca a la vista ciertas cosas que para el oído resultan indistintas. Entre las oraciones “Un ami espagnol très gentil venait á la maison” [Un amigo español muy simpático venía a la casa] y “Deux amis espagnols très gentils venaient á la maison” [Dos amigos españoles muy simpáticos venían a la casa] “la diferencia entre el singular y el plural —dice— sólo es perceptible [al oído] por la diferencia entre los determinativos nominales *un* y *deux*. En el francés escrito [en cambio] se agregan cuatro marcas gráficas, en el sustantivo *amis* [escrito esta vez con *s*], en los adjetivos *espagnols* y *gentils* [ambos también con *s*] y en el verbo *venaient* [ya no escrito ‘venait’ sino ‘venaient’]”. Las distintas grafías no representan, pues, diferentes pronunciaciones, sino que sirven para indicar ciertos rasgos gramaticales (morfemas) que no se hacen explícitos en la lengua hablada. Hay además otras cosas que no pertenecen a la pronunciación y que la escritura, sin embargo, marca —por ejemplo, por razones etimológicas, como ocurre al escribir en español *hecho* (del verbo *hacer*, escrito con *h* muda) y *echo* (del verbo *echar*, sin *h*). ¿Significa esto entonces que aquellos fenómenos gramaticales que no se hacen explícitos al oído no forman parte del sistema gramatical de la lengua hablada? ¿Y puede ser entonces que los fenómenos *inauditos* de la lengua escrita constituyan una gramática aparte? Ésa parece ser una de las implicaciones del libro de Ferreiro.

Pero hay todavía un nivel más general donde la lengua escrita se distingue de la lengua hablada, y es el sintáctico. Jim Miller y Regina Weinert muestran que en el inglés y el alemán escritos se forman oraciones con una estructura sintáctica desconocida en la lengua hablada (como no sea que uno “hable como un libro” o lea en voz alta). Pero también lo contrario: muestran que la idea de *oración* que recibimos cuando aprendemos a escribir no se corresponde con nada de lo que observamos en la lengua oral. Todo lo cual los lleva a una de las proposiciones más radicales que se dan en este libro, así sea sólo bajo la forma de una suposición:

Es interesante preguntarse —pero dada la existencia predominante del sistema escolar, todo esto sólo puede quedar en el

terreno de la especulación— si los hablantes de variedades no estándar [del inglés] que no han concurrido a la escuela y que no han estado en contacto con las organizaciones nacionales de radiodifusión, considerarían que hablan la misma “lengua” que los hablantes del inglés estándar. Si se invoca el criterio de inteligibilidad mutua, puede decirse que muchos hablantes comprenden y producen el “inglés” hablado espontáneo pero no comprenden ni producen el inglés escrito formal.

Dicho de otro modo: el inglés escrito es una lengua y el inglés hablado es otra.

Ninguno de los demás colaboradores de este libro llega a tanto, pero todos parecen concordar en una idea básica: la lengua escrita constituye un tema claro y distinto entre todos aquellos de los que se ocupa la lingüística. Desconocer la especificidad de la lengua escrita frente a la lengua hablada no sólo contribuye a perpetuar las innumerables confusiones que se dan en las “observaciones” psicolingüísticas (como muestra Ana Teberosky) o en la educación escolar (como enseña Clotilde Pontecorvo) sino que acaba por rebajar la discusión sobre el estatuto que la lingüística misma otorga tanto a los fenómenos que observa como a sus propias observaciones.

La discusión de este último punto es para mí lo más interesante del libro. Luis Fernando Lara dice, por ejemplo, que la escritura ha sido siempre un espejo que nos ha permitido reflexionar sobre la lengua, y muestra de qué modo tal reflexión se ha ido refinando hasta producir esa *objetivación* de la lengua que hoy define a la lingüística. Él y otros colaboradores de Ferreiro muestran que, históricamente, han sido las letras las que han dado pie al concepto de fonema, y no al revés; y, del mismo modo, que ha sido la escritura (no el habla) lo que ha hecho posibles los conceptos modernos de palabra y oración. Ponen así en la palestra tres nociones fundamentales de la lingüística (fonema, palabra, oración) y concluyen que todas ellas son finalmente producto de la objetivación que de la lengua hablada ha hecho la lengua escrita. Aunque las consecuencias que se extraen de esto dependen del punto de vista de cada autor, la mayoría parece favorecer la idea de que a los lingüistas no les es posible describir la lengua oral sin echar mano de nociones que sólo son observables en la lengua escrita; dicho de otro modo, la observación de la lengua oral se ha hecho siempre sobre el espejo de la lengua escrita, pero casi siempre obviando el hecho de que el espejo impone inevitablemente sobre la imagen reflejada algunas “deformaciones”. ¿Podemos suponer entonces que el objeto no tendría esas deformaciones si no fuese reflejado? ¿Podemos compensar

de algún modo esas deformaciones? Creo que la respuesta es sí, si la teoría implica que la escritura es un fenómeno sólo hasta cierto punto autónomo de la lengua pero a fin de cuentas dependiente de ella; y no, en cambio, si la teoría supone que la escritura es completamente independiente. El libro que ha compilado Emilia Ferreiro muestra una gama de posiciones intermedias entre estos dos extremos, y de ahí el paréntesis en su título: *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*, pero aun así —como acabo de escribir— el conjunto tiende hacia la segunda opción, según la cual no es posible reunir en una sola “imagen” dos observaciones distintas, por más que éstas se hagan en el mismo espejo. Tal visión presupone que el objeto sólo se hace visible cuando aparece en el espejo; es decir, que el objeto nunca se nos ofrece en *cuanto tal objeto* sino sólo como *imagen del objeto*. Y las cosas se complican todavía un poco más cuando vemos que esta posición sólo reconoce al espejo mismo en cuanto sobre él aparece una imagen. Así como la imagen sólo es tal cuando aparece en un espejo, así también el espejo sólo es espejo cuando refleja una imagen.

Puede uno estar o no de acuerdo con estas últimas afirmaciones, pero su mera enunciación es interesantísima, pues no sólo problematiza la relación de la lengua con la escritura, sino que parece proponer una lingüística que hace suyo uno de los principios esenciales de la física moderna; a saber, aquel que establece que los fenómenos no son independientes de la observación que hacemos de ellos. Y así se plantea la cuestión de si la escritura implica para la lingüística una especie de principio de incertidumbre: ¿son las nociones de fonema, palabra y oración como el gato de Schrödinger, que no está vivo ni muerto hasta que nuestra observación (nuestra escritura) lo obliga a estar vivo o muerto? No es ésta una pregunta baladí. De la respuesta que se le dé depende el estatuto epistemológico que se concederá al objeto y a los métodos de la lingüística. Así, por ejemplo, se dará un valor distinto al concepto de “metalengua” según se crea que la lengua con que describimos una lengua es otra lengua; o la misma, sólo que en otro nivel. Si Miller y Weinert son capaces de arriesgar la idea de que el inglés escrito es otra lengua que el inglés hablado (y nosotros por nuestro lado podemos afirmar del mismo modo que el español de Televisa es una lengua distinta del español normal); si Miller y Weinert pueden arriesgarse a tanto, digo, ya puede uno imaginarse lo que opinarán sobre el concepto de metalengua, pero tarde o

El siglo XIX en las Huastecas

Antonio Escobar Ohmstede
Luz Carregha Lamadrid
(coords.)

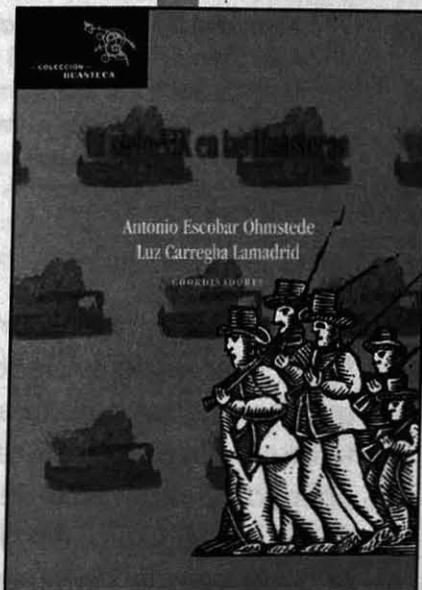
CIESAS/COLSAN, 2002

novedades

Es indiscutible la importancia de la Huasteca, región ubicada al noreste de México, entre la costa norte del Golfo de México y la Sierra Madre Oriental, pues hoy como ayer las aportaciones de sus habitantes, económicas, culturales y religiosas—en la formación de Mesoamérica, en la de la Nueva España y, posteriormente, en la consolidación del Estado mexicano— han contribuido sobremanera al sostenimiento de la sociedad mayor que las engloba.

La Huasteca ha sido estudiada con diferentes enfoques, intereses y temas y, para los interesados, representa un laboratorio para analizar los cambios técnicos, sociales y culturales entre la población rural, así como la posibilidad de plantear soluciones y alternativas que contribuyan a paliar o enfrentar los efectos negativos que trae consigo la mundialización de la economía.

La comprensión de los procesos que afectan al medio rural, los nuevos y los antiguos, es un asunto de vital importancia para México y los mexicanos. La historia de la Huasteca es milenaria aunque hasta fechas muy recientes se ha estudiado y documentado desde y en comparación con el altiplano central y, de manera errónea, como una zona alejada, marginal, de los grandes centros de poder. Podemos afirmar que la Huasteca nunca estuvo aislada, como se puede comprobar con nuevas fuentes de archivos internacionales, nacionales, regionales y locales o con el trabajo de campo prolongado; dos aspectos que hicieron posible la discusión y confrontación pública de los datos e interpretaciones explicativas, así como la conformación de equipos multidisciplinarios de investigación que permiten ahora tener una visión más acorde con lo que pasó y viven los pobladores de la región.



Librería Guillermo Bonfil Batalla

ventas@juarez.cieras.edu.mx

Tel. 56 55 01 58

temprano su idea acabará por entrar en conflicto con aquella otra que sostiene que la escritura es un espejo relativamente neutral, y que una objetivación de la lengua no implica convertir a la lengua objeto en una cosa de veras distinta de la lengua con que se la describe (o sea, que los muchachos de *Big Brother* finalmente sí hablaban español), según parece seguirse de las ideas de Luis Fernando Lara. Él tal vez diría que la relación de la lengua de descripción con su lengua objeto no es realmente “metalingüística” sino sólo, acaso, “escritural”; es decir, que son distintas en nivel, pero no en naturaleza. Así como algunos diccionarios marcan palabras que sólo se emplean en la lengua escrita, pero que no por eso quedan fuera del diccionario, así también podrían marcarse construcciones gramaticales que sólo aparecen en la escritura, sin que ello implique que están construidas con *otra* gramática, sino quizá tan sólo—como decían los antiguos gramáticos— con una gramática más *depurada*. Los ejemplos de lengua oral y lengua escrita aparecerían así en el mismo diccionario; es decir, en el diccionario de una misma lengua, no en el de dos.

Visto así, el problema de Gabriel Ferrater que expuse al principio nada tendría que ver con el asunto de la escritura, pues el sistema de las rimas sería de veras arbitrario respecto de su lengua, mientras que la escritura no lo sería; lo cual podría explicar de paso por qué ni las rimas “para el ojo” ni las otras son asunto de los diccionarios y por qué a los cabalistas les importan las letras de la Torá, que dicen el nombre de Dios, pero no su rima, ni siquiera *inaudita*...

Pero ya estoy especulando, y no es eso lo que me corresponde. No soy lingüista ni adivino: no puedo predecir cuáles de las tesis que presenta este libro resistirán el análisis de los verdaderos especialistas y cuáles no, pero no se necesita saber mucha *cábala* para prever la importancia que este libro tendrá aun para aquellos que no estén de acuerdo con él, y eso ya es mucho. Si a un lego como yo el debate que se da entre sus tapas le despierta la imaginación, ¿qué no hará con los lingüistas verdaderos, o con lectores atentos y enjundiosos como Gabriel Ferrater? Creo que los oiremos hablar de este libro durante muchos años. Y no sólo a ellos. ●